

CONVENCIONES SOCIALES Y SUJETOS SILENCIADOS. UNA CRÍTICA A LA SITUACIÓN IDEAL DE HABLA EN RELACIÓN CON LA OBRA DE VIRGINIA WOOLF

Isabel G. Gamero
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

En este artículo quisiera contemplar una versión distinta de los procesos de comunicación humanos, crítica con el planteamiento ideal del discurso de Jürgen Habermas. Para ello, aludiré a varias objeciones a la teoría de la acción comunicativa: la que cuestiona el carácter implícito y universal de las estructuras comunicativas descritas por este autor, la crítica feminista que desaprueba el sujeto abstracto de la propuesta habermasiana y la que objeta la consideración aporética que este filósofo da a la normatividad social. Para acabar, aludiré a un ejemplo literario de Virginia Woolf que problematiza la situación ideal de habla propuesta por este autor.

PALABRAS CLAVE: consenso, ideal comunicativo, normatividad, subjetivación, feminismo.

ABSTRACT

The aim of this paper is to analyse a different version of the human communicative process, which is presented as a critique to Jürgen Habermas's ideal discourse theory. For this purpose, I will be referring to three critical objections to Habermas's communicative action theory: the first one questions the implicit and universal consideration of the communicative structure; the second one objects to the formal and abstract subject that this author proposes; and the last one criticises the aporetic conception of Habermas's social normativity. To conclude, the paper also looks into Virginia Woolf's *To the Lighthouse*, which problematises Habermas's ideal speech situation.

KEY WORDS: consensus, communicative ideal, normativity, subjectification, feminism.

INTRODUCCIÓN Y BREVE DESCRIPCIÓN DE LA TEORÍA DE HABERMAS

A lo largo de toda su producción teórica Jürgen Habermas ha definido una situación ideal de habla, a medio camino entre la utopía y el ideal regulativo, que de realizarse permitiría la libre expresión de todos los hablantes, en el establecimiento de un diálogo igualitario, inclusivo y sin restricciones, donde imperara la acción



comunicativa sobre cualquier otro tipo de acción estratégica, interesada o egoísta. Para aclarar tal situación ideal, Habermas alude a una serie de pretensiones de validez, que, al modo de un imperativo categórico lingüístico¹, todos los hablantes deberían cumplir si desean aproximarse al modelo de diálogo descrito. Dichas pretensiones son cuatro: inteligibilidad, verdad, corrección y veracidad². E incluso admitiendo que estas pretensiones no suelen ser respetadas en los procesos de comunicación cotidianos, Habermas no deja de insistir en que, aunque sea de forma contrafáctica, dichas pretensiones «han de cumplirse si es que [...] han de tener lugar discursos»³. Es decir, según el autor, la única alternativa posible a un discurso autoritario, falso o mendaz es presuponer que las pretensiones pueden cumplirse y entonces, como consecuencia, los discursos se irán tornando más igualitarios e inclusivos. Por ello sostiene este filósofo que las pretensiones de validez pueden ser entendidas como una «ficción operante», que al ser puestas en práctica en los discursos, acercan a los seres humanos a la situación ideal de habla. Además dichas presuposiciones resultan imprescindibles como canon crítico para evaluar si los acuerdos alcanzados se encuentran más o menos alejados del consenso ideal⁴.

A lo largo de los años, Habermas se ha ido apartando de la argumentación que acabamos de describir, para insistir en que su teoría no presupone un horizonte ideal que se deba alcanzar, sino que describe una serie de competencias comunicativas que todos los hablantes llevan a cabo cuando inician procesos comunicativos. De este modo, en su pragmática universal, este autor reconoce que los momentos de consenso y entendimiento no son habituales, sino que «los estados más típicos [de comunicación] son los pertenecientes a esa zona gris entre la no comprensión y el malentendido»⁵. Ahora bien, todos entendemos lo que quiere decir un consenso y un malentendido, especialmente cuando criticamos los momentos donde no llegamos a entendernos. A partir de este reconocimiento, la tarea del teórico del discurso será descubrir y describir aquellas condiciones comunicativas que los hablantes deben respetar, si es que pretenden que sus palabras tengan sentido. Habermas insiste en que su teoría no impone estas condiciones, sino que tan sólo «reconstruye el saber preteórico de hablantes competentes, que se expresan en la producción de oraciones de un lenguaje natural y en la evaluación de la gramaticalidad de las expresiones lingüísticas»⁶. Ahora bien, esta reconstrucción va a tener un alcance universal, en tanto describe aquellas capacidades comunicativas de todos los hablantes que se expresan correctamente.

Las críticas que este filósofo ha recibido por esta doble consideración de las pretensiones de validez del habla (la ideal y la reconstructiva) son múltiples y variadas.

¹ J. HABERMAS *Acción comunicativa y razón sin trascendencia*. Barcelona, Paidós, 2002, p. 17.

² J. HABERMAS *Teoría de la acción comunicativa*. Volumen 1. Madrid, Taurus, 1999, p. 144.

³ J. HABERMAS *Teoría de la acción comunicativa. Complementos y estudios previos* Madrid, Cátedra, 1989, p. 154.

⁴ *Ibidem*, pp. 155-156.

⁵ *Ibidem*, pp. 301.

⁶ *Ibidem*, p. 316.



Sin embargo, el autor nunca ha dejado de reconocer el falibilismo y la constante necesidad de autocrítica, tanto de los seres humanos en general, como de su propia teoría; por ello, ha respondido, una y otra vez a sus críticos, reformulando y ampliando su propuesta teórica, sin renunciar nunca a la posibilidad de un momento comunicativo (ideal o contrafáctico) donde se respeten las pretensiones de validez y, de este modo, todos los sujetos tengan las mismas oportunidades para expresar su opinión. Dada la complejidad de este debate y la constante interlocución entre Habermas y sus críticos, en este artículo nos limitaremos a aludir a algunas objeciones que ha recibido el autor y a varias de las réplicas que ha dado en defensa de su teoría.

1. ALGUNAS OBJECIONES A LA TEORÍA HABERMASIANA

1.1 EL CARÁCTER IMPOSTADO DE LA SITUACIÓN IDEAL DE HABLA

En primer lugar, una de las críticas más reiteradas a la obra habermasiana es la que cuestiona la situación ideal de habla, dada su improbable realización. Ahora bien, debemos tener en cuenta que este autor asegura que su teoría no postula ningún ideal imposible, sino que se limita a describir unas pretensiones universales de validez, que todos los hablantes deberían llevar a cabo para ser entendidos. Además, Habermas insiste en que su teoría sólo explicita o reconstruye⁷ esta estructura universal, que subyace a todo discurso con sentido y que resulta intuitiva para todo el que reflexione sobre el lenguaje. Aunque han sido bastantes autores los que han cuestionado este argumento⁸, aludiremos brevemente a una sola de estas críticas, la de Nigel Pleasants, dada su claridad y actualidad.

Este filósofo inglés parte de la consideración ética que acaba presentando la obra de Habermas, esto es, cuando el saber implícito, compartido por todos los hablantes y condición de posibilidad del mutuo entendimiento, adquiere un cierto carácter normativo, que legitima la crítica a los procesos comunicativos cotidianos que no cumplen las condiciones que Habermas pretende haber reconstruido. Constatando este desplazamiento de la teoría de la acción comunicativa a la ética del discurso, Pleasants sostiene que Habermas se ha apartado de la realidad de los hablantes e impone un modelo comunicativo, sin llegar a plantearse si las pretensiones de validez pueden cumplirse efectivamente⁹.

⁷ Habermas oscila entre estos términos: en principio, aún influido por el idealismo de Apel, aspiraba a explicitar la estructura universal que subyace a todo lenguaje. Más adelante, y por influencia de Chomsky y Piaget, optó por reconstruir las competencias comunicativas de los seres humanos. Pero, incluso en sus últimas obras, sigue usando estas dos expresiones de modo indistinto.

⁸ Entre los principales críticos de este argumento de Habermas destacan Michael Walzer y Richard Rorty. En el ámbito español cabe mencionar a Javier Muguerza.

⁹ N. PLEASANTS, *Wittgenstein and the Idea of a Critical Social Theory*. Londres, Routledge, 1999, p. 160.



En primer lugar, Pleasants critica la dificultad (o incluso cabría decir el escaso carácter intuitivo) que presenta la teoría de Habermas. El filósofo inglés argumenta que resulta difícil entender cómo una propuesta tan elaborada y compleja como la teoría de la acción comunicativa puede corresponderse con las actitudes básicas y creencias subyacentes que todos los individuos ponen en práctica cuando inician procesos comunicativos. Según Pleasants, los conceptos que utiliza Habermas son muy abstractos y complejos, para entenderlos es preciso conocer la historia de la filosofía moderna y contemporánea, así como tener nociones de teoría política, psicología y sociología. La teoría de la acción comunicativa no resulta tan intuitiva como su autor sostiene y se aleja de la práctica comunicativa cotidiana de los hablantes; no obstante, Habermas sigue insistiendo en que se limita a reconstruir las estructuras comunicativas implícitas que comparten todos los sujetos y que no resultan negables racionalmente¹⁰.

En oposición a tal construcción idealizada y compleja, Pleasants recuerda que en nuestras vidas no se dan tales ejemplos de perfecto entendimiento, sino que la comunicación está generalmente obstaculizada por todo tipo de desacuerdos, engaños y coerciones diversas¹¹. En nombre de una tarea filosófica crítica y realista, Pleasants objeta la pretensión teórica excesiva de Habermas, quien pretende reconstruir los procesos de entendimiento de los seres humanos, pero acaba prescribiendo una forma de comunicación concreta, su situación ideal de habla. En oposición a esta pretensión, este autor insiste en que la filosofía no debería decir cómo es o debe ser la realidad, sino tratar de solucionar conflictos, sin distanciarse de las circunstancias concretas de los hablantes, ni perder su capacidad crítica¹².

I.2 LA IMPOSIBILIDAD DEL SUJETO ABSTRACTO

La respuesta de Habermas a esta primera objeción pasa por insistir en el carácter racional e incuestionable de las pretensiones de validez, así como en las ventajas que supondría la realización de la situación ideal de habla, que se debe seguir presuponiendo, aunque sea de modo contrafáctico, para superar los bloqueos de los procesos comunicativos y lograr una mayor inclusión de diferentes sujetos. De este modo, la propuesta habermasiana alcanza un estatus de horizonte ético deseable e imposible de cuestionar y que además tiene efectos en la realidad, ya que al guiarse por este ideal comunicativo, los hablantes van adquiriendo una mayor capacidad crítica. Por otro lado, el autor reconoce que las pretensiones de validez quedan siempre frustradas por las contingencias de la vida cotidiana, por lo que nunca se podrá alcanzar la certeza definitiva del pleno consenso; pero el reconocimiento de este falibilismo no supone tanto una objeción a su teoría, como un motivo más

¹⁰ J. HABERMAS, *op. cit.* (1999), p. 162.

¹¹ N. PLEASANTS, *op. cit.*, p. 163.

¹² *Ibidem*, p. 182.

para ejercer la crítica y la autocrítica constantes, e insistir en que nunca se debe abandonar el ideal¹³.

En un segundo momento de su producción, ubicados ya en los años ochenta, Habermas se distancia de los planteamientos idealistas, apelsianos y de cuño kantiano, para consolidar su teoría con contribuciones de disciplinas empíricas, reconstructivas y con vocación de universalidad. En este sentido, el autor sostiene que adquirir y poner en práctica las pretensiones de validez de su teoría equivale al desarrollo de ciertas competencias, propias del proceso de maduración de los seres humanos. Alude de este modo Habermas a la psicología genética del desarrollo de Piaget y a la interpretación moral de esta teoría que lleva a cabo Kohlberg¹⁴.

Para este último autor, el proceso de aprendizaje que llevan a cabo todos los seres humanos se inicia en un punto de partida egocéntrico y calculador, y avanza en distintas fases, hasta alcanzar el estadio sexto, de moral posconvencional, caracterizado por el universalismo, la reversibilidad de perspectivas y el reconocimiento de todos los sujetos como iguales¹⁵. Este proceso de maduración se corresponde, según Habermas, con el desarrollo de la racionalidad comunicativa, orientada al entendimiento, como superación de las acciones estratégicas e interesadas¹⁶; y de este modo, su propuesta ya no supondría una formulación teórica idealista y separada de la realidad, sino que tendría una corroboración empírica y universal.

Esta interpretación del desarrollo humano ha recibido numerosas críticas¹⁷, aunque nos centraremos exclusivamente en la que cuestiona la comprensión abstracta del sujeto de estos autores, quienes asumen que este proceso de maduración se da de modo invariante en todas las culturas y obvian los distintos contextos en que se desarrollan los distintos sujetos, que promueven distintas formas de aprendizaje y que afectan a la formación de su subjetividad. Debemos tener en cuenta además que estos distintos procesos de desarrollo no sólo se dan por pertenencia a distintas culturas, sino también por las diferencias de género, incluso dentro de la misma cultura occidental¹⁸.

¹³ J. HABERMAS, *op. cit.* (1989), p. 157.

¹⁴ *Ibidem*, p. 144. Y véase especialmente el artículo «Notas sobre el desarrollo de la competencia interactiva», *ibidem*, pp. 161-192.

¹⁵ L. KOHLBERG, «From is to ought: How to commit the naturalistic fallacy and get away with it in the study of moral development», en T. MISCHEL (ed.), *Cognitive Development and Epistemology*, Nueva York, Academic Press, 1971, p. 232.

¹⁶ J. HABERMAS, *Conciencia moral y acción comunicativa*. Madrid, Trotta, 2008, p. 138.

¹⁷ En el mismo libro donde está el artículo de Kohlberg que citamos, se recogen las principales críticas; destacan especialmente las de Alston y Peters. No debemos olvidar la obra de Gilligan, a la que nos referiremos a continuación y la de Benhabib, así como la de McCarthy, quien objeta tanto la teoría de Kohlberg, como su recepción habermasiana. Véase: T. MCCARTHY, «Rationality and relativism», en J. THOMPSON y D. HELD (eds.), *Habermas. Critical Debates*, Cambridge. MIT Press, 1982, pp. 57-78.

¹⁸ Entiendo la generalización excesiva y abusiva que supone referir a la «cultura occidental» como si se tratara de un ente único e invariante; sin embargo, así la conciben estos autores y de ahí mi mención.



Kohlberg ha intentado corroborar el universalismo señalado por su teoría con diversos estudios empíricos, basados en entrevistas realizadas a adolescentes de Estados Unidos, Taiwán, México y Turquía. La conclusión de estos estudios es que la secuencia de desarrollo moral por etapas se mantiene invariante en todas estas culturas; y si cabe localizar diferencias entre estos procesos, se debe sólo a la edad en que un sujeto pasa de una etapa a otra, por ejemplo, los adolescentes mexicanos alcanzan de modo más tardío la etapa post-convencional del desarrollo moral, en comparación con los estadounidenses, pero, en definitiva, ambos grupos alcanzan esa etapa moral al iniciarse su edad adulta¹⁹. Y sin embargo, lo que primero llama la atención sobre estos estudios de Kohlberg es que sólo realiza entrevistas a varones, de distintas culturas y de distinta adscripción social, pero siempre pertenecientes al género masculino, presuponiendo de modo incuestionado que el desarrollo moral no se diferencia según el género²⁰.

Esta ceguera de género presente en la teoría de Kohlberg se mantiene en mayor medida en la obra de Habermas, y va a motivar que numerosos teóricos cuestionen la comprensión neutral y abstracta del sujeto que mantienen estos autores, especialmente cuando los resultados que reflejan sus estudio, pretendidamente universales, suelen corresponder a la experiencia del varón, occidental, blanco y de clase media alta²¹.

Debemos tener cuidado, esta crítica feminista no supone una concepción determinista del sujeto según su género, imposible de rebasar; todo lo contrario, el principal foco de interés de estos críticos es mostrar cómo el proceso de formación de subjetividad (de incorporación si lo decimos con Bourdieu, o de desarrollo de competencias si usamos la expresión de Kohlberg y Piaget) suele ser distinto según el género, por ejemplo, por recibir distinta educación o fomentar distintos valores y actitudes.

Uno de los principales motivos de tal desarrollo diferencial se debe, según argumenta Dean, a que la formación de toda subjetividad depende en gran medida del reconocimiento que recibe cada sujeto, y en la sociedad occidental el reconocimiento que se le da a la mujer es diferente al del varón, por ejemplo, se la identifica generalmente con el «sexo débil». Esta percepción diferencial se va extendiendo hasta tal punto que las mujeres mismas llegan a interiorizar esta posición y mantienen una percepción infravalorada de sí mismas²². Esta autora incide en que ni Piaget, ni Kohlberg, ni Habermas han tenido en cuenta este proceso de reconocimiento diferencial que afecta a la formación de la subjetividad, ya que su punto de partida

¹⁹ L. KOHLBERG, *op. cit.*, pp. 171-174.

²⁰ Véanse por ejemplo las tablas que están en las páginas 172 y 173 del artículo citado.

²¹ Esta crítica ha sido tratada por numerosos autores, como Steven Lukes y Richard Rorty. Me ocupo del debate feminista porque aclara las fricciones entre la teoría de Habermas y la realidad. Otras importantes críticas son Seyla Benhabib y Nancy Fraser. En el contexto español destaca Ángeles J. Perona.

²² J. DEAN, «Discourse in different voices», en J. MEEHAN (ed.), *Feminists Read Habermas: Gendering the Subject Discourse*, Nueva York, Routledge 1995, pp. 205-230, p. 205.

teórico es un sujeto abstracto y formal, que no puede hacerse cargo de las dificultades a las que se enfrentan las mujeres (y, seamos justos, también los varones²³) para ser reconocidos.

Pero sin duda la principal crítica de la teoría de Kohlberg es Carol Gilligan, psicóloga cognitiva que, si bien acepta la formación moral por etapas, se muestra muy crítica con este autor por no tener en cuenta la variante de género en sus estudios. Por ejemplo, Gilligan alude al estadio tercero del desarrollo de Kohlberg, también llamado de «concordancia interpersonal», según el cual el sujeto tiende a comportarse según las expectativas que otros tienen de él y trata de actuar de modo correcto, para así ser reconocido en el establecimiento de un juego de roles y de expectativas recíprocas²⁴.

A diferencia de la tesis de Kohlberg de que los procesos de desarrollo se dan de modo idéntico en todos los sujetos, Gilligan entrevistó a numerosos sujetos masculinos y femeninos, y concluyó que esta adquisición de roles es diferencial según el género, ya que las expectativas sociales son distintas para el varón y la mujer. Los varones tienden a desarrollar redes de reconocimiento recíproco y camaradería, donde se tratan como iguales y desarrollan una ética basada en la justicia (último estadio y más avanzado, según la teoría de Kohlberg²⁵); sin embargo, el desarrollo de la identidad femenina se caracteriza por el intento de cumplir la expectativa social generalizada de lo que implica ser mujer, esto es, de encarnar el rol de cuidadora, sensible y maternal, que mantiene una mayor atención a las necesidades de los demás que a las suyas propias y tiende a mostrarse solícita y amable con los suyos, sin esperar nada a cambio²⁶. Esta tendencia femenina a buscar reconocimiento, con el fomento de prácticas que anteponen las necesidades de los otros antes que las propias, se incrementa en estadios superiores; de tal modo que, según estos análisis de Gilligan, las mujeres adultas tienden a agradecer a los demás, silenciando sus propias preocupaciones, como medio para lograr la aceptación social y encarnar el rol que se le había asignado²⁷.

A partir de este estudio, Dean critica a Habermas, por entender que tanto el punto de vista neutral y objetivo, de observador, que este autor concede a su teoría, como el establecimiento de la situación ideal de habla entran en conflicto con el proceso de formación diferencial de la mujer que hemos descrito y no pueden hacerse cargo de los problemas que éstas encuentran para verse reconocidas²⁸. Según esta

²³ Cabe destacar en este sentido con Bourdieu cómo el proceso de interiorizar el *habitus* y encarnar los valores y conductas adecuados al género (esto es, cumplir las expectativas de género propias de una comunidad) resulta complicado tanto para varones como para mujeres. Véase P. BOURDIEU, *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama, 2000, pp. 67-71.

²⁴ L. KOHLBERG, *op. cit.*, p. 164.

²⁵ *Ibidem*, pp. 169-171.

²⁶ C. GILLIGAN, *In a Different Voice. Psychological Theory and Women's Development*. Cambridge, Harvard University Press, 1982, p. 73.

²⁷ *Ibidem*, p. 16.

²⁸ J. DEAN, *op. cit.*, p. 215.



autora, Habermas parte de una concepción neutra y «normalizada»²⁹ de ser humano, presuponiendo que todos somos iguales, y, a partir de ahí, ha establecido un ideal normativo de cómo deberíamos comunicar y relacionarnos, para alcanzar consensos. Ahora bien, el filósofo ha obviado las pautas de desarrollo diferenciales que se dan en la distinta interiorización de roles desde la primera infancia y que, como ha mostrado Gilligan, pasan por el reforzamiento de la identidad masculina, así como la progresiva debilitación o inseguridad de la femenina³⁰. De este mismo modo, la situación ideal de habla, en principio equilibrada y neutral, queda distanciada de la realidad de los hablantes, sobre todo de los de género femenino (sin olvidar a personas de otras etnias, culturas o clase social). Cerramos esta segunda crítica constatando que la teoría de Habermas no logra hacerse cargo de situaciones comunicativas cotidianas de ciertos sujetos, quienes por su propio proceso de desarrollo carecen de las mismas oportunidades de expresión y sus opiniones son menos valoradas, no sólo por el conjunto de los hablantes, sino incluso por ellos mismos³¹.

I.3 EL PROBLEMA DE LA NORMATIVIDAD DEL CONTEXTO SOCIAL

Tras haber planteado las dificultades que surgen en la teoría de Habermas cuando se analiza bajo el prisma de género, debemos tener en cuenta otro hecho de gran relevancia que continúa problematizando esta teoría; ya que la formación de la identidad se produce generalmente en consonancia con el contexto social. Es decir, como sostiene Dean, la integración social se produce en nuestras sociedades al precio del silenciamiento del punto de vista femenino y de la progresiva internalización de este rol subsidiario, amable y cuidador³²; y estos estereotipos de género se van asentando e incorporando hasta convertirse en norma social³³.

Este reconocimiento contrasta con la comprensión que Habermas tiene de las pretensiones de validez, especialmente con la referida a la corrección de las normas sociales, que el autor define como una de las condiciones ineludibles que deben mantener todos los hablantes; quienes al iniciar un proceso comunicativo presuponen «ya siempre la validez del trasfondo normativo de instituciones, roles sociales, formas socioculturales de vida y convenciones»³⁴. Y gracias a esta aceptación respeto del

²⁹ Debemos tener cuidado con este término, en su uso neutral o sociológico significa un hecho aceptado socialmente por darse en la mayoría de los casos (normalidad estadística). Ahora bien, a veces este concepto adquiere un carácter prescriptivo, entendiendo que si generalmente es así, debe ser así. Se trata ésta de la falacia naturalista, por la que tanto han sido criticados Habermas y Kohlberg.

³⁰ J. DEAN, *op. cit.*, p. 218.

³¹ *Ibidem*, p. 219.

³² *Ibidem*, p. 222.

³³ Quisiera incidir en que esta expectativa social no conlleva determinismo, esto es, la creencia de que todas las mujeres son inseguras y les falta autoestima, como consecuencia de su pertenencia al contexto social; se trata más bien de una tendencia generalizada, constatable en nuestras sociedades y que ha sido poco problematizada por la filosofía.

³⁴ J. HABERMAS, *op. cit.* (1989), p. 354.



trasfondo normativo, se obtiene la fuerza vinculante que permite el entendimiento mutuo y los hablantes quedan orientados hacia una misma situación ideal de habla. Ahora bien, de nuevo vemos cómo el concepto de normatividad social que maneja este autor no puede hacerse cargo de problemas como el que nos ocupa. Sin reconocer, en ningún momento, la formación diferencial de la subjetividad masculina y femenina, Habermas sigue insistiendo en el carácter inevitable y normativo del contexto social, condición imprescindible para aproximarse a la situación de consenso donde todos los sujetos sean tratados como iguales.

De nuevo podemos aludir aquí al carácter ideal de la teoría de Habermas que no tiene en cuenta los problemas de comunicación cotidianos. Ante esta crítica, el autor admite que, en ocasiones, ciertos contextos normativos, problemáticos y limitados dificultan el desarrollo de los sujetos, impidiéndoles alcanzar seguridad personal y confianza en sí mismos, y dificultando la consecución de consensos con otros sujetos³⁵. Con acusada influencia de la teoría de Kohlberg, Habermas identifica dichos bloqueos comunicativos con deformaciones del desarrollo de la subjetividad, características de «familias patógenas»³⁶, cuya cohesión está amenazada por «equivocas constelaciones de poder, por una desigual distribución de las oportunidades de satisfacción de las necesidades y por conflictos»; y como consecuencia, los miembros de tales familias encontrarán dificultades para su proyección individual y el alcance de consensos³⁷.

El filósofo alemán explica este desarrollo patógeno por medio de un esquema de dos polos, bastante abstracto, donde dos sujetos genéricos (llamados, por cierto, «Pedro y Pablo») se enfrentan a una situación de incompreensión inicial, generalmente producida por su propia inseguridad o por una distribución desigual de poder; circunstancias que no permiten el cumplimiento de las pretensiones de validez de Habermas y como consecuencia, impiden el mutuo reconocimiento de estos sujetos. La única opción que entonces les queda a cada uno de ellos es una acción estratégica para tratar de afirmarse e imponerse a costa de reducir al otro, destruyéndose así las bases para el reconocimiento recíproco e iniciándose una «espiral de desconfianza», que impide el entendimiento mutuo e imposibilita cualquier tipo de consenso³⁸.

Ahora bien, Habermas insiste en que este ejemplo supone un caso patológico y excepcional que vulnera sus pretensiones universales de validez y que, aunque pueda darse en la vida cotidiana, sólo genera pseudoconsensos, que deben ser criticados y superados, a partir de las condiciones ideales señaladas por su teoría³⁹.

³⁵ Habermas señala que estos contextos problemáticos se dan tanto en el plano intercultural, de derecho internacional, como en las relaciones interpersonales, sin distinguir diferencias entre ellos. En contraste con este exceso, en este apartado sólo aludiremos a las relaciones interpersonales, sin generalizar.

³⁶ J HABERMAS, *op. cit.* (1989), p. 224.

³⁷ *Ibidem*, p. 225.

³⁸ *Ibidem*, pp. 216-218.

³⁹ *Ibidem*, p. 225.

Para acabar este comentario crítico, quisiera señalar cómo Habermas ha obviado y patologizado los procesos de desarrollo de la identidad que, según los análisis de Dean y Gilligan, son característicos de la formación de la subjetividad femenina. Debemos destacar asimismo que esta tendencia al silenciamiento o debilitación de la opinión, que se da con más frecuencia en varones que en mujeres, puede ser la clave para el mantenimiento del equilibrio social, en claro incumplimiento de las pretensiones de validez señaladas por Habermas. Profundizaremos en este conflicto en el apartado siguiente, por medio de un ejemplo literario⁴⁰ que refleja con claridad estos procesos de subjetivación femenina.

2. UNA CENA EN LA CASA DE LOS RAMSAY

Como cierre de la problemática tratada en este artículo y para mostrar un ejemplo de las limitaciones de la teoría de Habermas, en contraposición con las distintas variantes en la formación de la subjetividad, aludiremos a la novela *Al Faro* (1927), de Virginia Woolf, donde se describen con magistral sutileza distintos ejemplos de esta actitud femenina de silenciamiento de la propia opinión y agasajo de la ajena para lograr el mantenimiento de un equilibrio en un acto social⁴¹.

En esta novela se relatan una serie de jornadas en la casa de verano de los Ramsay, donde se alojan la pareja protagonista, sus ocho hijos y una decena de invitados, de la más diversa índole y procedencia social, que, en palabras del señor Ramsay: «Les estropeaban el placer de estar solos y en paz»⁴²; pero a quienes no pueden evitar invitar, por distintos compromisos sociales. La señora Ramsay, perfecta anfitriona, pone todos sus esfuerzos para tratarlos a todos de forma adecuada y mantener armonía entre ellos. Toda la novela gira en torno a esta figura, dama inglesa en la cincuentena, que es descrita como una mujer que «siempre guardaba silencio. Y sabía, pero sabía sin haber aprendido. Su sencillez era capaz de desentrañar la falsedad de la gente astuta»⁴³.

Como constantes en la configuración de este personaje, Woolf insiste en su humildad, discreción y saber hacer; cualidades que le permiten tratar de modo adecuado y atento a cada uno de sus familiares e invitados, reconociendo sus deseos y necesidades antes de que ellos mismos las sepan y solventándolas, como si este

⁴⁰ Entiendo la dificultad de referir a cuestiones de género a través de ejemplos literarios; sin embargo, me guío en este momento por una reflexión de Woolf, quien sostuvo que cuando la verdad era importante, ella prefería escribir ficción. («I prefer, when truth is important, to write fiction», *The Pargiters*. Nueva York, Harcourt Brace, 1977, p. 9).

⁴¹ No quisiera sugerir que esta actitud de silenciamiento de la propia opinión y exceso de atención a los demás sea exclusivamente femenina, sino que se da con más frecuencia en el caso de mujeres. Cabría aludir a otra novela: *Lo que queda del día* de Kazuo Ishiguro, cuyo protagonista, Stevens, para cumplir su papel de mayordomo perfecto, anula toda su opinión y cualquier atención a sus propias emociones.

⁴² V. WOOLF, *Al Faro*. Barcelona, Edhasa, 2006, p. 9.

⁴³ *Ibidem*, p. 39.

proceso no le causara ningún tipo de esfuerzo. Como contrapunto a esta actitud destaca una de las invitadas, Lily Briscoe, descrita por Woolf como «una criatura independiente [que] con sus ojillos de china y cara fruncida, era difícil que se llegara a casar»⁴⁴. Soltera de mediana edad, dedicada con cierto éxito a la pintura, admira el saber hacer de su anfitriona, pero no entiende por qué dedica tanto esfuerzo a atender a los demás y se indigna con el trato deferencial que la señora Ramsay da a sus invitados masculinos.

Cabe ver un ejemplo de este contraste entre estas dos variantes de subjetividad femenina (y de su relación con los demás) en una cena en casa de los Ramsay, descrita con el ritmo sutil y delicado de solapamiento de monólogos interiores, tan característico de la prosa de Woolf. El fragmento se inicia con una reflexión de la anfitriona, para quien cada uno de los detalles es crucial y el mínimo error o desequilibrio puede significar el fracaso de la velada. La señora Ramsay tiene en cuenta a todos sus invitados, procura que se sienten en el lugar adecuado y que se encuentren bien atendidos, pero también se siente irritada por el carácter hosco de su marido, por la descortesía de uno de los comensales, por la impuntualidad de otros dos invitados... Sin embargo, no le resulta posible manifestar esos sentimientos en público, los acalla y se concentra en que todo salga perfecto: «El éxito dependía de servir el guiso justo en el momento en que estuvieran en su punto. La carne, el laurel, el vino, todo tenía que estar en su punto. No era posible hacerlo esperar. Y tenía que haber sido esa noche entre todas las que habían elegido para salir y volver tarde, para que hubiera que volver los platos a la cocina y recalentarlos, para que el 'Boeuf du Daube' se echara a perder completamente»⁴⁵.

Cuando los invitados demorados por fin llegan y la cena puede comenzar, la presión de la señora Ramsay sigue en aumento, pues es consciente de que la responsabilidad de mantener un ambiente cordial y distendido depende sólo de ella, quien se enfrenta a:

Una mesa infinitamente larga llena de platos y cubiertos. [...] Nada parecía tener que ver con nada. Cada uno, en su silla, estaba aislado de los demás. Y el peso del esfuerzo para combinarlo todo y hacerlo fluir recaía sobre ella. Nuevamente se dio cuenta [...] de la evidente condición estéril de los hombres, porque si ella no hacía aquel esfuerzo, nadie lo iba a hacer; así que dándose a sí misma ese golpecito que se le da a los relojes cuando se paran, el viejo pulso familiar empezó a latir⁴⁶.

Comienza entonces la señora Ramsay a dirigirse a los varones de la mesa, haciendo las preguntas exactas que ellos desean contestar. Esta escena está relatada bajo la mirada de Lily Briscoe, quien permanece en hosco silencio, mientras la cena continúa y desapueba la actitud de su anfitriona. En su monólogo interior, la pintora se dice: «La señora Ramsay siempre compadecía a los hombres, como si les faltara

⁴⁴ *Ibidem*, p. 23.

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 108-109.

⁴⁶ *Ibidem*, pp. 112-113.



de todo y nunca a las mujeres, como si lo tuvieran todo»⁴⁷. De repente, el equilibrio logrado por la señora Ramsay parece empezar a quebrarse: Charles Tansley, uno de los invitados más jóvenes, de menos recursos económicos y poco habituado a las convenciones sociales de las cenas inglesas, se muestra descortés y desinteresado, responde desganado a las preguntas de la señora Ramsay e insiste en su opinión con violencia, denostando a las mujeres. Ante tal actitud Lily se siente ofendida: «Pensó que era el hombre menos atractivo que había conocido en su vida. ¿Y entonces, por qué le tenía que dar importancia a nada de lo que dijera? ‘Que las mujeres no son capaces de escribir, que nos son capaces de pintar...’ ¿Y qué le importaba eso viniendo de él, si se notaba que no lo decía porque lo creyera, sino porque por alguna extraña razón le servía de ayuda?»⁴⁸.

Pero Tansley persiste en sus diatribas, siendo ignorado, educadamente, por el resto de los comensales, quienes continúan la conversación por derroteros menos problemáticos, lo que incomoda al joven, quien: «Se sentía profunda, e incluso físicamente, a disgusto. Estaba deseando que alguien le diera una oportunidad de afirmarse. Lo deseaba tan urgentemente que no era capaz de parar en la silla, miraba tan pronto a uno como a otro, intentando meter baza en la conversación, pero abría la boca y la volvía a cerrar»⁴⁹.

Lily, en su posición de observadora no participante, se da cuenta del malestar del Charles Tansley, pero se muestra reacia a ayudarlo: «Podía ver [...] el afán de aquel chico por hacer buena impresión, [...] su ardiente deseo de meter baza en la conversación. Pero entornando sus ojos de china, al tiempo que recordaba cómo se burlaba siempre despectivamente de las mujeres [...] pensó: ‘¿Y por qué tengo yo que ayudarlo a que se desahogue?’»⁵⁰. La pintora es consciente de lo que, en este caso, haría su anfitriona, pero prefiere ignorar la norma social y hace caso omiso al joven:

Sabía que existe un código de buena educación, uno de cuyos artículos prescribe que en situaciones de esa índole es competencia de la mujer, cualquiera que pueda ser su profesión, acudir en ayuda del joven que tiene en frente, para que pueda dar desahogo [...] a su acuciante deseo de autoafirmación; de la misma manera que el deber de ellos [...] sería el de ayudarnos, si por ejemplo, hubiera un incendio en el Metro [...] Pero ¿qué pasaría si ninguna de las dos partes cumpliera con su deber? Así que siguió sentada, sonriendo en silencio⁵¹.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 115.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 116. Cabe observar en esta actitud de Tansley una muestra del proceso de subjetivación masculina paralelo, en cierta medida, a la subjetivación femenina. Ante un momento de inseguridad, el joven Tansley tiende a afirmar sus opiniones con agresividad e imponerse, por medio de las críticas y ataques, a otros sujetos que parecen más débiles, como percibe con perspicacia y molestia Briscoe.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 122.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 123.

⁵¹ *Ibidem*, p. 123.

Sin embargo, mientras Lily persiste en su actitud ausente y desinteresada, aumentando la incomodidad de Tansley, la señora Ramsay, desbordada por la situación, la interpela con una mirada, que la pintora entiende de este modo: «Me estoy hundiendo, querida Lily, en un mar de fuego. Como no apliques tú algún bálsamo a la angustia de este instante, diciéndole algo simpático a ese chico, la vida se estrellará contra las rocas, ya la estoy oyendo rechinar y crujir. Tengo los nervios tensos como cuerdas de violín: un toque más y saltarán en pedazos»⁵².

Ante tal llamada de socorro, Lily Briscoe no tiene más remedio que renunciar a su silencioso experimento social y realizar una pregunta amable al muchacho, quien comienza a narrar una anécdota de su infancia, historia que no interesa a nadie, pero que todos, especialmente Lily, parecen seguir con atención. Cierra Woolf este episodio relatando cómo «a medida que la conversación daba este quiebro propicio y Lily Briscoe notaba la gratitud de la señora Ramsay [...] pensaba que el precio que había tenido que pagar para proporcionarle aquel alivio era el de la insinceridad»⁵³.

Esta narración de Woolf revela cómo en una escena cotidiana, si bien situada en la costa inglesa no tan distante a nuestras reuniones familiares habituales, las claves del éxito de la conversación y el establecimiento de una armonía entre personas muy distintas se debe al respeto de ciertas convenciones sociales, como el ocultamiento de las emociones, la necesidad de acallar opiniones controvertidas, la muestra de interés por temas inanes y el tratamiento privilegiado a ciertas personas, especialmente inseguras o cabría decir «fuera de lugar», para que se sientan cómodas (varones, en el ejemplo de Woolf, pero no convendría generalizar esta diferencia de género, sino que resulta más interesante oponer el contraste entre personas que se sienten cómodas en un contexto determinado porque dominan las convenciones sociales y las que no).

Este equilibrio se mantiene, como bien expresa Lily Briscoe, al precio de la insinceridad, o como, muestra sin decir la señora Ramsay, por la desatención a su subjetividad y sus deseos. Sin embargo, mantener la armonía produce presión a la señora Ramsay, quien, al acabar cada jornada, se siente agotada, al mismo tiempo que culpable, por desear un momento de tranquilidad y soledad. En palabras de Woolf: «Era un alivio cuando [todos] se iban a la cama. Ahora ya no tenía que pensar en nadie. Podía ser ella misma, existir por sí misma. Y de eso se sentía cada vez más necesitada últimamente: de pensar, ni siquiera de pensar, de estar callada, sola»⁵⁴.

Pese al malestar⁵⁵ que sienten tanto Lily Briscoe como la señora Ramsay, el respeto de estas convenciones sociales se convierte en un hecho de obligado cumplimiento en su contexto normativo, así como en una forma de establecer relaciones

⁵² *Ibidem*, p. 124.

⁵³ *Ibidem*, p. 125. No olvidemos que la sinceridad era una de las pretensiones de validez de la teoría de Habermas, trataremos este conflicto en las páginas siguientes.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 84.

⁵⁵ Seguramente Habermas sugeriría que este malestar se debe a que Lily y la señora Ramsay conocen las pretensiones de validez, pero deben incumplirlas por las circunstancias sociales. Quizás éste pueda ser un diagnóstico acertado, siempre que no se patologicé a las protagonistas. Sin embargo, la



sociales no conflictivas; y sin embargo, al respetar estas convenciones, se incumplen las pretensiones de validez señaladas por Habermas, al limitar la expresión de las emociones, fomentar la insinceridad y dar tratamiento preferencial a ciertos invitados.

Y volviendo al diagnóstico de Habermas de los procesos de desarrollo patológicos, estos usos sociales que llevan a callar y ocultar las propias opiniones, para evitar tensiones, pertenecerían a la categoría de distorsiones de la comunicación, que producen pseudoconsensos, propios de situaciones inestables, que ocultan un «potencial clínico» e impiden el reconocimiento recíproco de los hablantes. Como sabemos, el autor contrapone esta actitud patológica, con su postulación de un sistema de roles equilibrado y simétrico, donde todos los hablantes tengan el mismo derecho a expresarse en igualdad de condiciones y no sea necesario ocultar ninguna opinión, ni tratar a un sujeto mejor que a otro⁵⁶. Y sin embargo, la teoría de Habermas aporta escasa luz para aclarar los conflictos de la señora Ramsay y Lily Briscoe.

Ante el contraste de la situación ideal de habla y la reunión en la casa de los Ramsay, cabe preguntar cuál es la situación excepcional y cuál la norma; así como cuál de esos dos escenarios es más realista o cercano a nuestra experiencia cotidiana. Y podemos comenzar a responder sosteniendo que, en la proyección de su ideal comunicativo, Habermas no tiene en cuenta los matices y problemas en la formación diferencial de cada sujeto, especialmente del sujeto femenino (o de los más débiles e inseguros que encuentran dificultades para expresar su opinión). Su teoría tampoco permite aprehender el consenso tácito y las convenciones que subyacen a los procesos comunicativos humanos, que por medio de la ocultación de ciertos hechos o tratamiento desigual de ciertos sujetos, logran una mantener una cierta estabilidad social.

Ahora bien, el reconocimiento de las limitaciones de la teoría habermasiana no implica que la señora Ramsay represente el mejor modo posible de interacción humana, ya que su actitud, aunque logre armonía social, presenta bastantes problemas, tanto para su propia subjetividad, que queda bastante menoscabada; como por el trato preferencial de ciertos sujetos sobre otros. Ahora bien, la escena que presenta Woolf no puede ser simplemente denostada, ni patologizada, por no cumplir las condiciones ideales, acaso imposibles, señaladas por la teoría habermasiana, sino que puede ser un buen ejemplo para reflexionar en torno a problemas reales de la convivencia humana, que no pueden ser solventados tan sólo por alusiones a situaciones ideales.

Para acabar este contraste entre la teoría de Habermas y el ejemplo de Woolf, debemos aludir a la sensación de desamparo y desorden generalizado que tienen los allegados a la señora Ramsay cuando muere y se rompe la armonía que había creado. Cabe destacar esta sensación de pérdida, vivida en primera persona por el señor Ramsay, quien: «Avanzaba dando tumbos por un estrecho pasillo, alargó sus

solución que da Habermas a este conflicto: insistir en su ideal comunicativo, sin pensar en modificarlo o adecuarlo a estas circunstancias, no parece suficiente ante la escena planteada por Woolf.

⁵⁶ J. HABERMAS, *op. cit.* (1989), pp. 222-225.



brazos en la oscuridad de un amanecer. Pero la señora Ramsay había muerto, casi de repente, la noche anterior, y por mucho que extendiera los brazos hacia adelante, sólo pudo abrazar el vacío»⁵⁷. Esta sensación se extiende de las personas al espacio, ya que la casa familiar se descompone y comienza a formar parte de esa naturaleza inerte a la que ya pertenece la señora Ramsay: «La casa quedó abandonada, desierta, como una concha en un montón de arena, que se va llenando de granos secos de sal ahora que la vida la ha dejado. Una noche interminable parecía haber comenzado a reinar triunfalmente con sus aires sutiles y mordientes, con sus ráfagas húmedas y revoltosas»⁵⁸.

Y los supervivientes de esta catástrofe, reunidos diez años después en la misma casa de verano, siguen sintiendo el vacío, se miran desconcertados y sin saber qué hacer. Ante la falta de coordinación y el saber hacer propios de la señora Ramsay, resulta imposible para sus familiares y amigos (con independencia de su género) solventar las cuestiones simples y organizativas del día a día. La sensación general de todos los que la conocieron sigue siendo de falta de sentido o incluso, de una cierta desconexión con la realidad. Woolf relata la extrañeza de Lily Briscoe, en la misma mesa donde había tenido lugar la cena diez años atrás: «Sentada allí sola [...] se sentía aislada del mundo, capaz únicamente de seguir mirando, cavilando, preguntándose cosas. Todo le parecía extraño: la casa, el sitio, la mañana [...] cualquier cosa que pudiera pasar o que hubiera pasado se convertía en una pregunta, como si el nexo que normalmente liga a unas cosas con otras hubiera sido cortado y las cosas, desconectadas, flotaran a la deriva»⁵⁹. Y no hay respuestas, ni cursos de acción adecuados, ante tal pérdida, como si el vacío que dejara la señora Ramsay no pudiera ser colmado por ningún otro ser humano, dejando a todos desconcertados y sin palabras.

3. CIERRE

Una vez contrastada la escena cotidiana en la casa de los Ramsay con la situación ideal de Habermas, y descrito uno de los problemas de nuestro día a día, que la teoría del filósofo alemán no puede aclarar, resulta preciso insistir en que no es intención de este artículo ensalzar la figura de la señora Ramsay como modelo de comportamiento que se deba imitar para lograr el equilibrio social. Ahora bien, sí que cabe considerar cómo este personaje literario es un ejemplo de un saber hacer, aprendido generación tras generación o «incorporado», como diría Bourdieu, y característico de un cierto prototipo de mujer⁶⁰: anfitrionas, madres o abuelas, quienes silenciando su opinión y tratando mejor a unos sujetos que a otros, evitan

⁵⁷ V. WOOLF, *op. cit.*, p. 216.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 188-189.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 199.

⁶⁰ Este saber hacer no es exclusivo del género femenino, ni se da sin excepción en todas las mujeres, aunque tradicionalmente ellas han incorporado este *habitus*, que podríamos llamar «pacificador», como por ejemplo constata P. BOURDIEU, *op. cit.*, p. 36 *passim*.

los conflictos y logran una cierta armonía. Y aunque esta actitud diste mucho de la situación ideal de habla que describe Habermas, y se vulneren, una a una, todas las pretensiones de validez de su teoría, cuando esta figura falta en los procesos de comunicación cotidianos, las relaciones sociales tienden a descomponerse y la situación ideal de habla se encuentra mucho más lejos aún de su realización.

Aparece aquí un problema de fondo de la teoría habermasiana, ya que en la práctica totalidad de las relaciones humanas, el intento de mantener las pretensiones de validez descritas por este autor supondría, casi con completa certeza, la imposibilidad de mantener el orden social. Es decir, en nuestros procesos comunicativos cotidianos resulta imposible la completa sinceridad o el trato idéntico e indiferenciado a las distintas personas; pero este hecho no supone, como Habermas sostendría, un proceso comunicativo distorsionado y patológico, sino el modo habitual de relación humana.

En conclusión, los problemas de comunicación cotidianos que surgen en el día a día no se pueden solventar, como Habermas pretende, con la postulación de una situación ideal de consenso, ni con una concepción abstracta e indiferenciada del sujeto, que obvie completamente el proceso de formación de la identidad y que plantee como única (y mejor) solución posible un modelo comunicativo igualitario, supuestamente subyacente a todos los procesos de entendimiento humanos bienintencionados, pero que en ningún momento se hace cargo ni de las diferencias entre sujetos, ni de los contextos normativos diferenciales que conllevan roles de géneros y que se apartan del horizonte ideal planteado.

Ante estas omisiones de la teoría de Habermas, deberíamos reflexionar, por el contrario, sobre la enorme frecuencia con que roles como el de la señora Ramsay se dan en nuestro ámbito comunicativo más inmediato y cuáles o cómo son los contextos sociales que promueven este proceso de formación de la subjetividad, que acaba por menoscabar a ciertas personas y crear relaciones sociales, que logran la convivencia y la armonía, al precio de un tratamiento discriminatorio.

A diferencia de teorías como las de Habermas, Piaget y Kohlberg, cuyo punto de partida es un sujeto neutro e indiferenciado, totalmente problemático pero universal, sería interesante estudiar, tanto con las psicólogas cognitivas como Gilligan, como con la teoría del *habitus* de Bourdieu, cómo la interiorización de ciertos roles y la adecuación con las expectativas sociales da lugar a sujetos similares a la señora Ramsay.

Una vez mostrado el carácter convencional y producido de estos roles, cabría pensar, como hace Bourdieu, cómo podría educarse, tanto a hombres como a mujeres, para lograr una disminución de tales actitudes diferenciales y discriminatorias para ciertos sujetos (especialmente femeninos, pero no sólo), así como iniciar un proceso crítico de los contextos sociales y las instituciones que fomenten este trato desigual, y tratar de lograr un desarrollo más igualitario de los roles de género que no suponga estos momentos discriminatorios⁶¹.

⁶¹ *Ibidem*, pp. 140-142.

Por supuesto y para acabar, la crítica que hemos desarrollado en oposición a la teoría de Habermas no supone la renuncia a un cierto horizonte regulativo de superación de las dificultades presentes, ni a la proyección de una situación comunicativa más inclusiva e igualitaria, donde se superen progresivamente las discriminaciones que afectan a todos los sujetos. La intención de este artículo no ha sido rechazar el horizonte ideal e inclusivo planteado por este autor, sino ampliarlo y problematizarlo, mostrando las carencias del planteamiento en exceso abstracto de su teoría y señalando la necesidad de ser sensibles ante las diferencias de género, pero también culturales, de etnia o de distinta clase social. Estos elementos han de ser tenidos en cuenta a la hora de desarrollar un ideal, que corre el riesgo de convertirse en imposible y estéril, si se limita a formular un planteamiento universalista y normativo de cómo debieran darse las relaciones sociales, sin tener en cuenta que la teoría puede (e incluso debe) ser transformada cuando se conecta con los problemas y dificultades de la vida cotidiana.

En este sentido y para contrarrestar el alto grado teórico y abstracto de la teoría habermasiana, resulta de interés buscar ejemplos, tanto en la literatura, como en nuestra experiencia cotidiana, de todas aquellas situaciones, cercanas, problemáticas, que afectan a todos y que nos hacen plantearnos cuál sería la situación ideal que desearíamos lograr; reconociendo siempre, con falibilismo, que se trata de ideales regulativos que nunca alcanzaremos, pero que pueden servir para criticar situaciones presentes de discriminación o marginación de ciertos sujetos sobre otros y así lograr una convivencia algo más pacífica o quizás, deberíamos decir, menos conflictiva.

